

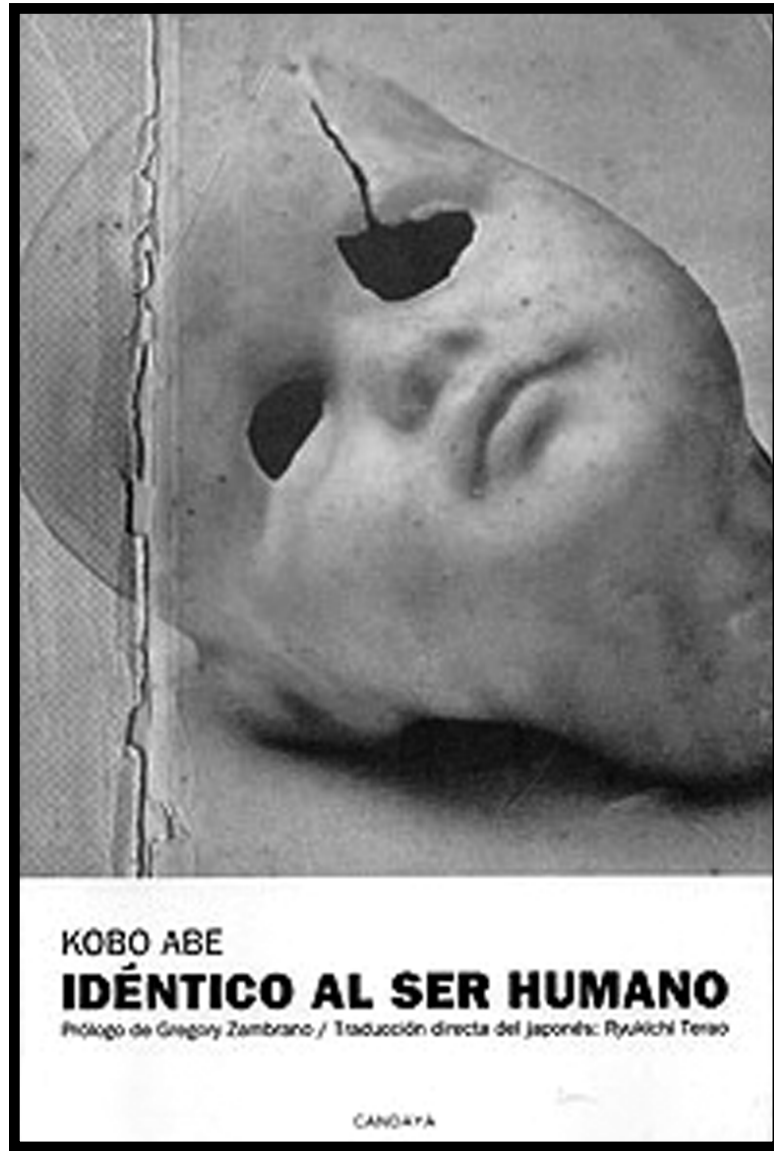
Crónicas del Olvido

Idéntico al ser humano

ALBERTO HERNÁNDEZ

1.- Luego de saberme parte de una alucinación al abreviar en las páginas de *Idéntico al ser humano* (Editorial Candaya, Barcelona, España, 2010, traducción directa del japonés de Ryukichi Terao) y de haber perdido mi identidad, tomé la decisión de regresar y leer la novela al revés. Entonces me entendí "cantante calvo" o Gregorio Samsa con diez patas. También me dejé recorrer por la mirada de Michel Foucault, el de *Las palabras y las cosas* (Siglo XXI editores, México 1978), y me detuve un rato a pensar en eso que él llamó la representación y el ser. Cité un soplo de la página 299, así: "...espectadores que se miran y que, a su vez, son encuadrados por los que los miran (...) en el corazón de la representación, lo más cerca posible de lo esencial, el espejo que muestra lo que es representado, pero como un reflejo tan lejano, tan hundido en el espacio irreal, tan extraño a todas las miradas que se vuelven hacia otra parte, que no es más que la duplicación más débil de la representación. Comencé a marearme con el capítulo de "El hombre y sus dobles" y decidí someterme a quien me tenía detenido en mi casa con un discurso en el que no faltaban la locura, la imaginación exacerbada y un espejo que, aunque no aparece en la novela de Kobo Abe, forma parte de eso que han dado en llamar la identidad. Pues bien, cosificado gracias a las palabras, el lector, es decir yo, éste que escribe, entra con sus papeles al tribunal de la locura.

¿Cómo no hacer ficción con un texto que lo empuja a uno a ser parte de la tensión de una larga conversación donde un loco que se cree marciano intenta convencer a un locutor de



que tiene que hacer filas en su mundo? ¿Cómo no pensar que Kobo Abe tenía la mirada puesta en la tierra y deseaba que el ser humano fuese tan cósmico como un meteorito? Quien entre en esta historia pensará que se trata de una simple banalidad, de un juego infantil donde una cinta cómic trata de hacernos entender que el mundo se dilata bajo la luz intensa de una nave espacial. No; esta novela de Abe es muy humana, idénticamente humana. Profundamente humana. Locamente humana.

2.-

Una vez en la nave espacial de esta lectura, tomo líneas del prólogo de Gregory Zam-

brano y me digo con él: En este panóptico de observación menuda, el hombre se encuentra inmerso en la búsqueda de un irrecuperable paraíso. Asumo que se trata del viejo anhelo de Utopía, de la mirada hacia atrás para intentar mirar los pasos perdidos. Para el personaje que me acosa, Marte es la Isla de Thomas Moro. El loco "marciano" ha recurrido a la vieja demencia de confirmarse "hombre nuevo" desde la identidad del otro. Ser uno para poder mirarse en él mismo. ¿Crisis de identidad? ¿El ser y la nada? ¿El yo y el otro? Está bien, querido "marciano" Ichiro Tanaka, usted ha tocado a mi

puerta. Es decir, ha abierto las páginas de este libro para que un simple vendedor de ilusiones radiales, un profesional del micrófono que "engaña" a los oyentes al acercarlos al mundo de la ciencia-ficción con un reality show que lleva en la solapa de un saludo estelar, sea quien soporte la arremetida de quien invadió su espacio para tratar de convencerlo de que era tan marciano como uno que se hace pasar por tal. Y no sólo eso, sino llevarlo a su mundo, a su yo, a su identidad, a su otredad, a su alteridad, a un universo idénticamente humano, humanamente loco.

Ichito Tanaka advierte: -no soy un ser humano común y corriente. Soy un marciano. Cabe la pregunta fuera de contexto, fuera de la obra: ¿Qué somos? ¿A qué nos parecemos? ¿Quiénes somos? La respuesta podría quedar encerrada en la misma nave de los marcianos, en el mismo libro, en nuestra conciencia. Y así, vuelta la página, Tanaka no deja de ser marcado por estas palabras del invadido, de quien ahora es narrador: Por más que argumente con lógica, un loco es un loco.

3.-

...La dificultad de hacer creer a alguien, la decepción de no infundir confianza, y el amor topo-geométrico para tratar de inspirar confianza a pesar de todo...Sólo alcanzar ese santuario, será posible atravesar esa puerta de duda que conduce a la verdad y avanza más, ¿no cree? No he dado ninguna vuelta, se lo aseguro. La mejor prueba consiste en que usted acaba de llamarme loco por primera vez en nuestra conversación.

La lógica demencial de Tanaka se figura en esta expresión: Usted dice que soy un loco y yo mismo en que soy un marciano. Es decir, tan idéntico a un humano, tan ser humano, tan cercano al temor de que

los japoneses perdían su identidad frente a occidente. Sí, claro, somos japoneses pero miramos como americanos. De allí que Kobe maneje esta tesis a través del sujeto que lo cuestiona todo: -Por eso nos quedan dos alternativas: una consiste en que Japón se integre en la Federación Marciana. En este caso, los japoneses dejarían de ser idénticos a los marcianos para convertirse en los mismos marcianos. La metáfora roza la piel. No necesita explicación.

Tanaka y el invadido viven en el mismo edificio, así como los personajes de Ionesco respiran el mismo aire, tienen los mismos gustos, abren las mismas puertas y usan las mismas llaves.

Al final, el locutor, va en busca de su mujer, quien había salido a convencer a la del "marciano" para que lo sacara de la casa ajena, toda vez que había llamado por teléfono para advertir que estaba loco. Cuestión que no sucedió: la esposa de Tanaka nunca se presentó, razón por la cual la del locutor subió a buscarla. Ésta nunca regresó, y así el locutor se dirigió hasta la casa del marciano. Una casa de locos, el tribunal de la locura, el cementerio de la demencia. Obligado a admitir que es un marciano, el locutor entró en una instancia de terror que quedó colgada de estas últimas líneas de la novela de Kobo Abe:

Sí, quiero saber: ¿todo esto será la consecuencia de una fábula sometida por la realidad o de la realidad rendida por una fábula? Me gustaría preguntárselo a usted, que está situado fuera de este tribunal. El lugar donde se encuentra, ¿pertenece a la realidad o a la fábula?

Afortunadamente cerré el libro. Ya Ichiro Tanaka tenía sus ojos de marciano extrañado puestos en mí. He logrado salvarme. Pero como lector, como un idéntico ser humano, he sido invadido por la duda: ¿Soy el que soy o no soy?